

sin duda el niño y el viejo (aunque para éste hay un sin fin de excepciones) razonan con menos lucidez, menos vigor que el hombre de edad madura; sin duda una lesión en el cerebro acarrea la pérdida de la facultad correspondiente... pero ¿es que eso prueba que el cerebro es el instrumento necesario acá bajo y *sine qua non* de la manifestación del alma?—Si, ¿en lugar de ser la *causa*, no es sino la *condición*?

Si el mejor músico del mundo no tuviese más que un piano en el cual le faltasen varias teclas, ó bien un instrumento defectuoso en su construcción, ¿sería legítimo negar la existencia de su talento musical, por la razón de que el instrumento le hace cometer faltas, sobre todo cuando al lado de él otros artistas dotados de instrumentos en perfecta relación con el orden de sus facultades hacen admirar éstas al que quiere comprenderlas?

En vano Broussais se burla del musiquillo oculto en el fondo del cerebro, pues no por eso hará que el nudo del problema no exista precisamente. No formulemos círculos viciosos. Esto es en verdad, el primer punto á examinar. ¿Es el alma una fuerza personal animando el sistema nervioso?

La primera contestación ha sido dada por el hecho ya relatado, de que los hemisferios cerebrales ofrecen tantas más sinuosidades, vueltas y circunvoluciones tanto más irregulares, como el individuo al cual pertenece el cerebro es *más pensador*.

¿No parece esto precisamente ser porque el pensamiento, independiente y activo, ha fuertemente trabajado en esa cabeza; porque se ha doblado muchas veces sobre ella misma, se ha estremecido bajo las angustias de la ansiedad, las opresiones del temor, el éxtasis de la dicha; que ha indagado, meditado y profundizado los problemas; que se ha sucesivamente sublevado y sumido; en una

palabra, que ha cumplido labores muy duras bajo ese cráneo; que la substancia que le servía para comunicarse con el mundo exterior ha guardado las trazas de esos movimientos y de esas vigiliass?—Cuando menos, ésta es nuestra opinión y creemos que difícil sería demostrarnos lo contrario.

Un anatomista de Bonn, Albert, ha diseccionado el cerebro de algunas personas que estuvieron entregadas á un trabajo intelectual durante muchos años; él ha encontrado que la substancia de todos esos cerebros era muy vital, la substancia gris y las anfractuosidades muy sensiblemente desenvueltas. Si por otra parte observamos con Gall, Spurzheim y Lavater, que la cultura de las facultades superiores de nuestro espíritu divulga su atestiguación en nuestro rostro y nuestra cabeza; si visitamos el Museo de Antropología de París y observamos sobre la rica variación de cráneos debida á las excavaciones del fraile Frère, que los progresos de la civilización han tenido por resultado elevar la parte anterior del cráneo y de aplanar la parte occipital, podremos sacar en consecuencia de estos hechos una conclusión diametralmente opuesta á la que deducen nuestros adversarios, y afirmar que *el pensamiento rige la substancia cerebral*.

¿El trabajo del espíritu sobre la materia no es tan evidente como el día? Y las conclusiones no vienen ellas por sí solas á abrirnos el paso triunfal de nuestra doctrina.

A propósito de las conclusiones no podemos menos de admirarnos cuán fácil es sacar de estos mismos hechos, conclusiones á todo punto contrarias: todo depende de nuestra disposición de espíritu, y no habría de qué desesperarse de los progresos de la teoría, si la mayoría de los hombres tuviesen el carácter mal hecho. Por ejemplo: se hace la experiencia que algunos alienados algunas veces han recobrado la conciencia y la razón poco

tiempo antes de su muerte. Los espiritualistas han deducido que las almas de esos desgraciados vuelven después de un largo aislamiento á la conciencia de ellas mismas y á la libertad de acción sobre el cuerpo, y que en aquel momento supremo, les es permitido abrir la mirada de su conciencia, en el paso de esta vida á la otra. Los materialistas invocan al contrario este argumento en su favor diciendo que la aproximación de la muerte libra al cerebro de las influencias molestas y morbíficas del cuerpo.

La anatomía fisiológica es más embarazosa de lo que se la supone sobre las relaciones del estado del cerebro con la locura; y mientras que los unos, como los que hemos citado, encuentran mucho, otros no menos hábiles, no encuentran nada, absolutamente nada. Así M. Leuret, el alienista, declara que no se encuentra ninguna alteración en el cerebro sino en el caso en el cual la locura es acompañada de otra enfermedad, y que estas alteraciones son tan variables y tan diferentes, que no es cosa autorizada presentarlas afirmativamente como verdaderas causas. Lo mismo que á propósito de las anfractuosidades que acabamos de hablar podría también encontrar efectos.

Cuando nuestros adversarios añaden que los casos de alienación mental protestan contra la existencia del alma, no están tampoco autorizados para defender su sistema. Dos hipótesis están presentes para explicar la locura. O hay una lesión en el cerebro ó no lo hay. En el primer caso, el defecto de un instrumento no demuestra la carencia del ejecutante; en el segundo caso, el problema queda en el orden mental. Mejor aun, el primer caso puede entrar en el segundo si se admite, como la experiencia invita á creerlo, que la locura causada sea por un dolor imprevisto ó un terror repentino, sea por una profunda desesperación, tienen en to-

dos los casos *su origen en el ser mental*, que se resiste contra el estado normal y ocasiona en él una alteración cualquiera. En esto está aún evidentemente determinado el ser que sufre, y determina en el organismo un desorden correspondiente á este sufrimiento.

Y, de hecho, se ha confirmado que las alteraciones no se encuentran sino en las locuras ya antiguas, como si el espíritu fuese también en esto la causa de los movimientos en la substancia.

Por otra parte, mientras nuestros adversarios deducen de la descripción anatómica del cerebro la conclusión que la facultad de pensar no es más que una propiedad de los diversos movimientos de este conjunto, nosotros vemos en la misma multiplicidad de estos movimientos, en esta sumisión del cerebro á la gran ley de la división del trabajo, en la distinción de las funciones cumplidas por sus diversos órganos, según su situación, su estructura, su composición, su forma, su peso, su extensión; nosotros vemos en esta variedad de efectos un argumento en favor de la independencia del alma. Pero la hipótesis de esos fisiologistas no puede de ninguna manera conciliar esta complejidad natural del órgano cerebral con la simplicidad necesaria y reconocida del sujeto intelectual. Ahora mismo hablaremos más especialmente de la simplicidad del sujeto pensante; pero antes nos falta acabar nuestro estudio sobre las relaciones del cerebro y del alma.

Las comparaciones hechas sobre los cráneos hallados en los antiguos cementerios de París después de la reconstrucción de esta capital por el prefecto de Napoleón III, y en particular la diferencia entre los cráneos de las fosas comunes y los de las tumbas particulares han establecido de nuevo que los individuos que por su posición social están destinados á ocuparse de artes y cien-

cias, poseen una mayor capacidad cerebral que los simples obreros. Los mismos exploradores han demostrado que la capacidad de los parisienses ha aumentado desde Philippe-Auguste. La capacidad del cráneo del negro libre, es mayor que la del negro esclavo. Este es el otro hecho significativo y que podría (en cierta circunstancia) ser invocado en favor de la libertad.

Si tenemos pruebas de que las impresiones exteriores influyen sobre el pensamiento, tenemos igualmente otras que establecen que *el pensamiento domina* los sentidos. ¿Cuántos seres padecientes se ven sobre la tierra cuyo cerebro, como todas las partes del cuerpo, están heridos por una enfermedad lenta y tenaz que arrastran un cuerpo empobrecido hacia el lecho del dolor y á menudo, ¡ay! al de la miseria, y que sin embargo, fuertes en la prueba, guardan la flor de su virtud sobre el cenagoso río que los arrastra, y dominan por la grandeza de su carácter, la adversidad y sus cadenas? ¿Negaréis también que no existen dolores morales, que residen, desgarradores, en las insondables profundidades del alma; dolores íntimos que no son causados ni por un accidente del cuerpo, ni por la enfermedad exterior, ni por una alteración del cerebro, sino solamente por una causa incorpórea, por la pérdida de una madre, por la muerte de un hijo, por la infidelidad de un ser pasionalmente amado, por la ingratitud de un protegido, por la trapacería de un amigo, y también por el espectáculo de la miseria, por el cuadro del infortunio, por la pérdida de una causa justa, por el contagio de ideas malsanas, en una palabra por una multitud de causas que no tienen nada de común con el mundo de la materia, que no se miden ni geoméricamente ni químicamente, sino que constituyen el dominio de un mundo intelectual?

¿Y no vemos también, bajo su aspecto físico, la influencia del espíritu sobre el cuerpo? Las pasiones se reflejan en el rostro. Si palidecemos de temor, es porque ese sentimiento, manifestado por un movimiento del cerebro, oprime los vasos capilares de las mejillas; si la cólera ó la vergüenza purpurean el rostro, es porque los movimientos ocasionados por ellas ensanchan esos mismos vasos, según los individuos: pero en esto también el espíritu representa el papel más principal. Si os habéis alguna vez ruborizado bajo la repentina impresión de la mirada de una mujer (y no es vergonzoso el confesarlo), ¿no habéis sentido que la indiscreta impresión se transmitía á vuestro cerebro por la intermediación de vuestros ojos, y bajaba luego del cerebro al corazón, para subir al rostro? Analizad un día esta sucesión; ó si no os ruborizáis, más que cuando un miedo repentino os acometa, aplicad el mismo análisis, y observaréis que á pesar vuestro las impresiones pasan rápidamente por vuestro espíritu antes de traducirse exteriormente. De los sentimientos se deduce lo mismo: es en nuestro pecho y no en nuestra cabeza, en donde se manifiesta esta inexplicable sensación de vacío é hinchazón, cuando en ciertas horas de melancolía nuestros inquietos pensamientos se elevan hacia el ser *amado*. Pero como que esta sensación no se produce sino después de haber pensado, es cierto que también en esto representa el espíritu el papel primitivo. Bajo otros aspectos, un súbito terror de espíritu se comunica al corazón y acelera ó amortigua el pulso; puede también causar un embargo completo, un síncope. El trabajo intelectual fatiga su instrumento, el cerebro; la sangre se empobrece, el hambre se deja sentir. Todas estas observaciones y un gran número de otras nos invitan á creer que el pensamiento, ser inmaterial, tiene su asiento en el cerebro, que este

órgano es su servidor, tanto para transmitirle los despachos del mundo con el cual se comunica, como para llevar sus órdenes afuera.

Por lo demás, sabemos ya que el cerebro y la médula, no son nada más que poderes compuestos de fibras nerviosas, que los nervios parten de esas vetas difundiéndose en todos sentidos hacia la superficie del cuerpo, y que circula por todos los nervios una corriente análoga ó corriente eléctrica. Los nervios son los hilos telegráficos que transmiten á la conciencia las impresiones del interior, y los músculos son los que transmiten ó efectúan el orden moral del cerebro. Puesto que, Dubois-Reymond ha demostrado que toda actividad de los nervios que se mantiene en los músculos á título de movimiento, en el cerebro á título de sensación, es acompañada de una modificación de corriente eléctrica de los nervios. Pero decir con el mismo Dubois-Reymond que la conciencia no es otra cosa que el producto de la transmisión de esos movimientos, sería cometer la misma necedad que si se pretendiese que los cambios telegráficos que se operan diariamente en los gabinetes diplomáticos de Londres y de París tienen por causa el paso de una nube borrascosa ó de una bobina de inducción hacia el manipulador, y que el receptor envía por sí solo la contestación á los inteligentes despachos.

Proclamar que en el hombre no hay otra cosa más que un producto de la materia, asimilarlo á una composición química é implicar que el pensamiento es un producto químico de ciertas combinaciones materiales, es un monstruoso error. Todos sabemos que el pensamiento no es un ingrediente de laboratorio. El espíritu y la materia son dos existencias tan completamente ajenas la una de la otra, que todas las lenguas de todos los pueblos y de todas las edades siempre los han diametralmen-

te opuesto. Las leyes y las fuerzas del espíritu existen, independientes de las leyes y de las fuerzas del cuerpo. La fuerza de voluntad es muy distinta de la fuerza muscular. La ambición es muy diferente del hambre. El deseo es muy distinto de la sed. ¿En dónde encontraréis la acción de la materia en las leyes que rigen la conciencia? ¿En qué el cerebro caucásico sea ovalado, el del mongol, redondo, y el del negro, prolongado, en que el sentimiento humano esté asociado á las fibras granulares ó cilíndricas? ¿Qué es lo que las nociones de lo justo ó de lo injusto tienen de común con el ácido carbónico? ¿En qué un triángulo, un círculo, ó un cuadrado, expresan la bondad, la generosidad, el valor? ¿Sería hablar justo, decir que Cromwell tenía 2,231 gramos de inteligencia; Byron, 2,238 y Cuvier, 1,829 por la razón de que sus cerebros ofrecían respectivamente estos pesos? En verdad, cuando se procura sondear atentamente el fondo del sujeto, es asombroso ver que hombres acostumbrados á pensar hayan podido llegar al extremo de confundir en un solo objeto el mundo del espíritu y el mundo de la materia.

También nos preguntamos si esos prácticos han penetrado bien el sentido de sus palabras, cuando anuncian proposiciones tales como aquellas que forman la base de sus doctrinas:—Todas las facultades que nosotros comprendemos bajo el nombre de propiedades del alma no son sino las funciones de la substancia cerebral. Los pensamientos tienen con el cerebro poco más ó menos la misma relación que la bilis con el hígado y la orina con los riñones.

—La secreción del hígado, de los riñones, dice otro escritor, que no se atreve á ir directamente hasta esta comparación, tiene lugar sin saberlo nosotros y produce una materia palpable; mientras que la actividad del cerebro no puede tener

lugar sin una entera conciencia: ésta no secreta substancias, sino fuerzas.

A estas proposiciones nosotros añadiremos otra que parece hecha expresamente para explicarla. Nicole, justamente dijo: Las tonterías más ridículas encuentran siempre espíritus á los cuales ellas están proporcionadas.

¿Qué es eso de secretar fuerzas? Serían muy amables en explicárnoslo. ¿Por qué no secretar horas ó kilómetros? Pero oigamos:

—Eso que llamamos cantidad de conciencia, nos dice un hermano de otro país, está determinado por los elementos constitutivos de la sangre. Una prueba de que la producción de las fuerzas mentales depende directamente de mutaciones químicas, es que los productos consumidos que los riñones separan de la sangre cambian de carácter según el trabajo cerebral.

—El pensamiento es un movimiento de la materia. Los movimientos materiales ligados en los nervios por corrientes eléctricas, son percibidos en el cerebro en calidad de sensación; esta sensación es el sentimiento de sí, la conciencia. La voluntad es la expresión necesaria de un estado del cerebro producido por influencias exteriores. No hay voluntad libre.

—Existe la misma relación (según Huschke) en el pensamiento y las vibraciones eléctricas de las hebrillas del cerebro, que en el color y las vibraciones del éter.

—El pensamiento es una secreción del cerebro, había ya dicho Cabanes, hace más de medio siglo.

—Todos los actos humanos son productos fatales de la substancia cerebral, decía últimamente M. Taine; el vicio y la virtud son productos como el vitriolo y el azúcar.

Kant, tuvo la idea de substituir á la realidad del mundo exterior las ideas puramente subjetivas

del espíritu humano. En oposición á esto, el autor de *Körper und Geist*, M. H. Scheffler, intentó explicar la generación del espíritu por la materia. No citaremos su procedimiento, un tanto embara-



Leibnitz

zoso, pero sí la atestiguación crítica que hace el defensor actual del animismo, M. Vissot. En esta hipótesis, dice él, «el espíritu es una fuerza de la materia, pero no una fuerza simple, sino un resultado de las fuerzas simples de la materia *reunidas para* (¡qué misterio en estas dos palabras!) formar el organismo humano. El espíritu no llega al estado de fenómeno hasta que la materia está orga-

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
V. A. N. I.

nizada en cuerpo humano (¡qué abismo aún, que ni tan siquiera deja vislumbrarse!); pero la *tendencia* (!) á esta organización de la materia ó la producción del espíritu, existe en la materia.»

La necesidad de admitir la acción de la fuerza se traduce á pesar de ellos en todas sus definiciones. ¡Y qué definiciones! Se han podido juzgar por los ejemplos que preceden; he ahí el último rasgo de luz que puede pasar como el ramillete de fuego de artificio. «El pensamiento, declara Büchner, el espíritu y el alma no tienen nada de material, esto no es materia (¡bravísimo! un buen punto), pero esto es (escuchad esto), esto es un conjunto complejo de fuerzas heterogéneas formando una unidad, esto es el efecto de una acción concomitante de muchas substancias materiales dotadas de fuerzas ó de propiedades.» Si no comprendéis justamente el alcance de esta definición, héla ahí en lengua tedesca: «Der Effect eines zusammenwirkens vieler mit Kräften oder Elgensehajtén begabter Stoffe.» Según la juiciosa conclusión que de esto deduce el doctor Hoefler, esto es digno de figurar al lado de la contestación de Sgnorelle:

«*Oss abundus, nequeis, nequer, potarium, quip-sa milus*: he ahí justamente lo que hace que vuestra hija sea muda.» ¡Oh sabios! Epicuro había ya dicho que la naturaleza de una piedra es de caer porque ella cae... Esto ya no es ciencia, esto es comedia.—El galimatías que se da como una definición del alma, es para nosotros una detestable chanza. Pasemos. Cada uno toma su placer en donde lo encuentra.

Nada hay tan comparable á estas definiciones como la admirable proposición de Hegel sobre la identidad del alma y del cuerpo, admirable proposición que he ahí: «La materia es diferente del espíritu. El espíritu es diferente de la materia. Así,

pues, los dos son diferentes. Y así, pues, los dos son la misma cosa.»

Este digno razonamiento calificado de irrefutable por Hegel, se encuentra en su *Gran Lógica*. ¡Qué famosa lógica, que el puro materialismo es efectivamente puro de todo espíritu!

Como ves, querido lector, estas no son las definiciones que faltan. Solamente, nos dejan aún preguntándonos qué es lo que ellas definen. Tan sólo nos prueban que esos señores no saben más de lo que nosotros sobre la naturaleza del alma.

Así, pues, acabamos de ver en este capítulo que si por un lado la constitución física del cerebro está en armonía con el alma y maravillosamente apropiada á lo que esta alma recibe integralmente las impresiones del mundo exterior, juzga y transmite sus propias determinaciones; por otro lado la anatomía no puede deducir que esta alma no sea más que un producto orgánico, y la filosofía demostrar al contrario; en medio de las incertitudes y de las contradicciones del materialismo, la acción evidente del espíritu sobre la materia.

También hemos visto que la locura no es una afección orgánica, sino física, y que el alma tiene su mundo de dolores como su mundo de gozos. Una viva impresión moral puede turbar la razón. ¿Se creará no obstante que después de haber considerado la locura como una enfermedad fisiológica se ha llegado hasta el extremo de arrastrar el genio sobre el mismo camino, y hoy en día un gran número de médicos consideran el genio como una neurosis?

Tan sólo en nuestra época se es capaz de esos atrevimientos. «La constitución de muchos hombres de genio, dice M. Moreau (de Tours) es realmente la misma que la de los idiotas.» Desarrollando desmesuradamente una tesis del doctor Lelut, el autor mantiene que el genio no pertenece

al dominio del espíritu, sino al del cuerpo. ¿Y sobre qué base se apoya esto?

Sobre que, se dice, ciertos hombres de genio han manifestado extravagancias, excentricidades, distracciones, ó bien fueron de constitución enfermiza, pequeños, raquíticos, cojos, sordos, tartamudos, ó víctimas de algunas alucinaciones.

Esto es infaliblemente formarse una singular idea del genio como creer que consiste en la singularidad de las opiniones, en la originalidad, en el entusiasmo ó en el delirio. A nosotros nos parece que es más probable que consista en la sublimidad del pensamiento, en la elevación del alma sobre las altas cumbres del estudio científico de la naturaleza en la plena posesión de sí mismo ante las contémplices intelectuales.

Esta singular identificación del genio y de la locura ha sido briosamente refutada por M. Paul Janet en su inteligente obra *El Cerebro y el Pensamiento*. Esta teoría, dice él, «ha tomado la apariencia por la realidad, el accidente por la substancia, los síntomas más ó menos variables por el fondo y por la esencia. Lo que constituye el genio, no es el entusiasmo (pues el entusiasmo puede producirse en los espíritus más medianos y más vacíos); es la superioridad de la razón. El hombre de genio es aquel que ve más claro que los otros, que percibe más gran parte de verdad, que puede reunir más gran número de hechos particulares bajo una idea general que encadena todas las partes de un todo bajo una ley común, que, aun cuando él crea, como en la poesía, no hace más que realizar, por el medio de la imaginación, la idea que su entendimiento ha concebido. Lo propio del genio es de poseerse él mismo, y no de ser arrastrado por una fuerza ciega y fatal, de gobernar sus ideas y no de ser subyugado por las imágenes; de tener la conciencia limpia y distinta de

lo que quiere y de lo que ve, y no perderse en un éxtasis vacío y absurdo, semejante al de los fakirs de la India. Sin duda, el hombre de genio, cuando compone, no piensa más en él mismo, es decir, en esos pequeños intereses, en esas pequeñas pasiones, en su persona de todos los días; pero piensa en lo que piensa: de otra manera no sería sino un eco sonoro é ininteligente, y lo que San Pablo llama admirablemente *cymbalum sonans*. En una palabra, el genio es por nosotros el espíritu humano en su estado más sano y más vigoroso.»

Sin embargo, aislados en su triste desierto levantan tinieblas alrededor de ellos y rehúsan aceptar la existencia de las más nobles facultades del espíritu humano. Ellos pretenden ser los rigurosos intérpretes de la ciencia, tener el porvenir entre sus manos, y mirando con mirada de desdén á los pobres mortales cuyo pecho sirve de último refugio á la fe de los antiguos días, á la esperanza desterrada. Fuera de su círculo no hay más que tinieblas, ilusiones y fantasmas. Ellos tienen entre sus manos la lámpara de la salud sin apercebirse, ¡ay! que la negra humareda que despidе turba su visión y descarría su camino. Ellos pretenden las cosas con toda su fuerza para exprimir la esencia, y cuando consienten en apercebirse que esa esencia no responde á lo que ellos esperaban, declaran que «la esencia de las cosas no existe en sí, puesto que ella no es otra cosa que las relaciones que nosotros creemos comprender en las transformaciones de la materia.» No existe más ley que la que está en nuestra imaginación. Tampoco existen más fuerzas sino simplemente las propiedades de la materia, las cualidades ocultas, que, en lugar de hacernos avanzar, nos vuelven cinco siglos atrás, en el tiempo de Aristóteles. Sus conclusiones son puramente arbitrarias, ni la química ni la física las demuestran, como ellos pretenden hacer-

lo comprender. Esto tampoco son proposiciones geométricas que derivan necesariamente las unas de las otras como tantos corolarios sucesivos, pero sí son extraños injertos que soldan arbitrariamente al árbol de la ciencia. Muy afortunadamente para nosotros, ellos tampoco conocen las leyes del injerto. Esos vástagos muertos recién nacidos, de una especie extraña, no son capaces de recibir la savia vivificante, y creciendo el árbol los olvida en su progreso. Tampoco ofrecen hoy más vida que la que ofrecían en el tiempo de Epicuro y de Lucrecio y la posteridad no tendrá nunca el trabajo de tener que coger sus frutos y flores. Sin embargo, en viéndolos, se creería que están tan naturalmente extendidos en el árbol verdoso de la ciencia, que se sostienen de su propia vida y están alimentados por sus propios cuidados, como si una madre inteligente pudiese consentir en verter la flor de su leche en los labios de semejantes parásitos. En el punto de vista histórico, la postura magistral que ellos toman delante los combatientes de la ciencia moderna es curiosa y digna de atención; ellos hacen época, pues, aunque no todos son sabios, algunos de entre ellos que pertenecen á los primeros rangos de la ciencia, han presentado trabajos de un cierto valor en física, que imponen y hacen aceptar la falsa metafísica de estos experimentadores.

Ante el resultado de esas tendencias, ante ese hecho brutal de la materialización absoluta de todas las cosas, ante ese pretendido último término del progreso científico: el aniquilamiento de la ley creadora del alma humana, ¿qué descubren las más nobles aspiraciones de la humanidad, esas creencias las más instructivas, esas concepciones las más antiguas y las más grandiosas? ¿Qué descubren las ideas de Dios, de justicia, de verdad, de bien, de moralidad, de deber, de inteligencia, de

afección? ¡Nada y vil polvo como todo eso! Todos nosotros somos, pensadores animados por el ardiente deseo de conocer, no somos más que la evaporación de un pedazo de grasa fosfórea. Admiramos aún los espléndidos cuadros de la naturaleza, elevemos nuestros pensamientos á estas alturas luminosas, que dora el sol en las melancólicas horas de la tarde, escuchemos las armonías de la música humana y dejémonos mecer por las melodías de los vientos y de las brisas, contemplemos la inmensidad murmuradora de los mares, subamos á los cándidos picos de las resplandecientes montañas, observemos la marcha tan bella y tan atractiva de la vida terrestre en todas sus fases, respiremos el perfume de las flores, elevemos aún nuestras miradas hacia las estrellas radiantes que se velan en los esplendores del azur, pongámonos en comunicación con la humanidad y su historia, respetemos también los genios ilustres, los sabios que dominaron la materia, veneremos los moralistas perseguidos, los legisladores de los pueblos, y en nuestro alrededor permitamos aún á la amistad reunir los corazones, al amor palpar en nuestros pechos, al sentimiento de la patria y del honor enardecer nuestra palabra: en todas esas ilusiones anticuadas no existe sino el efecto químico de una mezcla ó de una combinación de algunos gases. Es una relación de peso y de volumen en las equivalencias del oxígeno, del hidrógeno, del fósforo, del carbono que se unen en el crisol cerebral en proporciones más ó menos grandes. Virtud, valor, honor, afección, sensibilidad, deseo, esperanza, juicio, inteligencia, genio: combinaciones químicas como todo esto. Sepámoslo una vez para todas, vivamos en consecuencia. Que nuestro corazón detenga esas palpitaciones, que nuestra alma no se adicte al respecto de los bienes intelectuales, que nuestra mirada no se eleve hacia